

CAROLINE WILSON

Simbolizar nuestra divinez *

Mientras que el siglo XX puede haber estado marcado para los hombres por la percepción de la pérdida, una pérdida de la civilización religiosa tal y como se había conocido hasta entonces e incluso el final de lo que había dado significado y sentido a la existencia humana, no es difícil ver, incluso a un nivel general, que la historia de las mujeres durante aquel siglo se distingue por haberse mostrado con signos verdaderamente diferentes. No es que las mujeres no tuviesen una historia anterior al siglo XX sino que algo fundamental se modificó en aquella historia. Es difícil saber qué motivó esta modificación, o, incluso, en qué consistió en su totalidad. Quizá tenga que ver con una modificación en su relación con las palabras, con el lenguaje y su efecto en el mundo. Las mujeres, en realidad las creadoras del lenguaje en su verdadero significado relacional, buscaron reclamar la autoridad de su lenguaje más allá de los espacios y tiempos que la organización patriarcal había intentado asignarles. Si Luce Irigaray escribió, en su tesis doctoral *Speculum*, sobre la usurpación de lo femenino por parte del pensamiento patriarcal occidental, vimos en el siglo XX el rechazo de muchas mujeres a que esta usurpación continuase. Este rechazo se acompañó por grandes energías comprometidas a descubrir lo que podía significar dicha reclamación.

* Traducido por Carmen Chaves y revisado por Cristina Mompeat.

En la literatura, por ejemplo, Harold Bloom desarrolló su idea de la ansiedad de la influencia, de la necesidad, para hablar originariamente partiendo de sí, de romper con, de distanciarse de aquellos que nos han precedido, de quienes han hablado antes. La historia de las mujeres durante este tiempo, en la literatura así como en muchas otras esferas de la expresión femenina, ha sido radicalmente diferente en este sentido. Porque las mujeres han manifestado un deseo abrumador, a través, y en su escritura, de estar, por encima de todo, en relación. Las energías invertidas por parte de las mujeres para descubrir una genealogía propia sugiere un deseo, y no solo un deseo, sino una necesidad, de percibirse y conocerse en relación con otras de una manera que dista mucho de la necesidad de separarse de lo que nos ha precedido para poder decirse originariamente. Es como si lo que para los hombres representa un vínculo de dependencia que tiene que romperse para que haya crecimiento, para las mujeres de hecho representa justo el lugar donde pueda tener lugar aquel crecimiento.

Este reconocimiento de la dependencia, de la necesidad de la(s) otra(s) en este sentido, es una señal, una de muchas, si nos preocupamos de mirar, de aquel saber de las mujeres acerca de la relación, un saber no necesariamente expresado o articulado de forma completa, pero que de todas maneras se revela a través de formas múltiples.

Es aquel saber que se revela a través de la historia de las mujeres, a veces de manera incoada, a veces de forma explícita. Es un saber que ha hecho y hace muy vulnerables a las mujeres, ya que a menudo atravesarán gran sufrimiento para no romper relaciones, su comprensión del daño implicado en la ruptura de los vínculos, para sí mismas y para otras/os les hace muy reacias a hacerlo. Un ejemplo muy destacado de esto está, por supuesto, en la violencia doméstica, donde se ha visto que las mujeres vuelven una y otra vez a una relación violenta o abusiva antes de aceptar su fin.

Pero esto ocurre también en niveles menos evidentes, no sólo entre

las mujeres y los hombres. A veces parece que nuestro saber acerca de la relación no se traduce en nuestras vidas con aparente facilidad. Nuestras respuestas ante la vulnerabilidad, la nuestra de otras/os, pueden parecer a veces dolorosamente limitadas. Tan limitadas que a menudo negamos u ocultamos esta vulnerabilidad; no la aportamos a nuestra relación con el mundo, quizá por miedo o por la conciencia de que no se vaya a reconocer como fuente de nuestra fuerza, y como un lugar donde podemos encontrar nuestros deseos.

Simbolizar es traer al mundo lo que somos dentro. Simbolizamos a través del lenguaje, al nombrar lo que sabemos, de nosotras, de las otras/os, del mundo. Si es cierto, como se ha planteado desde el pensamiento de la diferencia sexual, que hasta hace poco hemos habitado un mundo donde el orden simbólico se ha marcado por una manipulación patriarcal tanto de los hombres como de las mujeres, donde mucho se ha simbolizado a través del lenguaje de violencia, poder y coerción, no es sorprendente que ahora el deseo de simbolizar desde otro lugar, desde un lugar que reconoce la autoridad femenina, se manifieste con un nivel grande de confusión y a veces de lucha.

Una parte de esta lucha, de deshacernos de una simbolización vieja, se encuentra reflejada en la relación difícil que tienen muchas mujeres en la actualidad con el lenguaje de lo espiritual. Para muchas ha sido un lenguaje a rechazar en su totalidad, un lenguaje que dispara una aprensión de encerramiento y trampa. Si muchas mujeres, ahora, buscan simbolizar, encontrar maneras de decirse desde y a través de ellas mismas, de traer la verdad de sí al mundo, es necesario que se sitúen en una relación diferente con el lenguaje.

No obstante, como Luisa Muraro ha mostrado, la lengua, de hecho, siempre ha sido del orden simbólico de la madre. Su usurpación y utilización por el orden masculino ha confundido nuestra relación con el lenguaje, y esta confusión se ejemplifica, en este caso, por el rechazo de las mujeres del lenguaje religioso y todo lo que parece representar.

Si reconocemos que el lenguaje es nuestro, sin embargo, que somos de hecho sus creadoras, las originadoras de él, y, es más, que lo necesitamos de manera fundamental para dar forma a un nuevo simbólico, no es suficiente y ni siquiera necesario, rechazar el lenguaje. Una señal de esto es la gran dificultad que parece haber en el entre-mujeres para hablar de lo espiritual, que a primera vista parece sugerir que no existe interés en hacerlo. No obstante, en un encuentro reciente en *Duoda*, el Centro de Investigación de Mujeres de la Universidad de Barcelona, para hablar de las mujeres y lo divino, hubo una gran participación. A la rica reflexión de Luisa Muraro siguió una discusión que se elaboró con lentitud, con la conciencia de que intentábamos hablar de algo de una nueva manera, desde un lugar nuevo al que no estábamos acostumbradas a nombrar. Fuimos cuidadosas con nuestras intervenciones moviéndonos con incertidumbre y lentitud en aquel espacio y tiempo.

Puede ser, entonces, que existe el deseo de traer lo espiritual, nuestro saber de nosotras mismas como seres divinos, más plenamente al orden simbólico que las mujeres estamos creando, pero que las dificultades en saberlo simbolizar hacen que sea un deseo que vivimos dentro de nosotras mismas sin encontrar maneras de traerlo a la relación. Que las mujeres puedan y estén simbolizando de forma nueva partes de su experiencia y su saber originario se ha visto muy claro en la esfera, por ejemplo, de la autoridad femenina. El deseo para y el reconocimiento de la autoridad femenina y su aparente no visibilidad anterior en el mundo se ha transformado para muchas en un nuevo saber vivo de otras maneras de ser en el mundo y en relación unas con otras ¿Es posible que algunas de nosotras podamos desear simbolizarnos como seres espirituales también de una nueva forma? Es decir, transformar una experiencia vivida dentro de nosotras en un lenguaje que genera un nuevo movimiento en el espacio de nuestras relaciones. La dificultad que encontramos al hablar de esto en el entre-mujeres ¿oculta un deseo de hacerlo realmente? Si partimos, aquí, de esta premisa, ¿qué podemos desear simbolizar nuevamente ¿qué podría esto significar?

Si el viejo lenguaje del cristianismo no ha sido suficiente para las mujeres en el presente, ¿qué ha articulado el feminismo, donde las mujeres sí han hablado desde sí, que nos pueda dar claves para abrir nuevas vías de expresión? Ha hablado con elocuencia del cuerpo, por ejemplo. El cuerpo que se niega a separarse de la mente, del alma. No hay antítesis entre el cuerpo y el alma – no están en conflicto, sino más bien en relación. Está claro que una teología que no reconoce el cuerpo como fuente de divinidad no basta para las mujeres. La práctica del partir de sí nos ha enseñado la importancia de traer todo lo que somos al mundo. No de forma no mediada; sabemos que es necesario que haya mediación entre sí y sí, que no es suficiente decirnos crudamente.

La práctica de la relación también nos ha mostrado maneras de abrir espacios entre nosotras ¿Qué ocurre si percibimos lo divino como algo que puede fluir entre nosotras? El *I and Thou* de Martin Buber nos habla de nuestra capacidad de vernos y concebimos una con otra como seres divinos ¿Se trata de poder abrir esta capacidad en nosotras para permitir que circule en relación? Conocemos el amor, lo conocemos mal, parcialmente, a veces, pero sí como algo que nos enseña, que tiene una capacidad de abrir partes de nosotras que van mucho más allá de nuestro sentido racional del mundo.

El problema del dolor

El problema del dolor es el título y tema del libro del apologista C.S. Lewis, un escritor a veces más conocido por sus libros infantiles sobre el lugar ficticio de Narnia. Yo no sé si el dolor es un problema, pero nuestra relación con él, incluso en el entre-mujeres, parece difícil. Ha habido intentos de hablar del conflicto y tratarlo en el entre-mujeres, de nombrar conflictos que surgen y de intentar encontrarles solución, pero no ha sido fácil. También hemos hablado a veces de lo negativo, de la necesidad de reconocer y simbolizar lo negativo, pero de nuevo este reconocimiento, mientras ilumine para muchas

de nosotras una parte de la experiencia que sabemos que no se puede ignorar, continua siendo difícil. La dificultad de no saber hacer esto, es decir, simbolizar las partes más oscuras de nosotras puede que esté vinculado al no saber cómo entender el significado del dolor, cómo ver su sentido para nosotras y su potencial de transformación. Porque el dolor forma parte del amor, es una parte del poder estar en el mundo de forma entera. Conocemos nuestra capacidad respecto al dolor así como conocemos una capacidad respecto al goce y al amor. No obstante luchamos contra el dolor. Habitamos un mundo que se organiza tanto desde nosotras mismas como desde fuera para protegernos del dolor y de lo que nos puede enseñar. Esto tiene muchas manifestaciones – una cultura altamente materialista, una cultura llena de posibilidades de escapar de una misma. Nuestra relación con el tiempo hace que sea casi imposible escucharnos cuidadosa y profundamente, y de pasar enteramente por el cuerpo lo que experimentamos. Es más, podemos justificar esto: tenemos que ganarnos la vida, prestar atención a tantas cosas en el mundo externo, prestar atención a las/los demás, *hacer* en el mundo.

Los seres humanos pagan un precio alto, no obstante, por esta falta de atención al ser. Quien ha escrito de forma sublime sobre esta idea es por supuesto María Zambrano. Escribe, en *El hombre y lo divino*:

De nuevo se encuentra el hombre encadenado a la necesidad, mas ahora por decisión propia y en nombre de la libertad: ha renunciado al amor en provecho del ejercicio de una función orgánica; ha cambiado sus pasiones por complejos, pues no quiere aceptar la herencia divina creyendo librarse, por ello, del sufrimiento, de la pasión que todo lo divino sufre entre nosotros y en nosotros (p.258, Fondo de Cultura Económica, 1955, 1ª edición)

Puede que estén relacionados con esto males visibles en nuestros tiempos, por ejemplo la depresión, la necesidad de la actividad constante, la propagación de los conflictos no resueltos, o la difícil-

tad de amar que puede transformarse en verdadera angustia.

Prácticas, mediaciones

Si es cierto que nosotras, o algunas de nosotras, sentimos el deseo o la necesidad de simbolizar esto y quizá otras partes de nuestra experiencia para las que actualmente no tenemos lenguaje común, ¿puede ser que necesitemos precisamente del lenguaje que hasta ahora hemos encontrado difícil, es decir, un lenguaje de divinidad, un lenguaje y prácticas que nos liberan y ponen en movimiento partes de nuestro ser que actualmente se dicen con vacilación.

Parece increíblemente difícil hablar de esto, poner en palabras esta percepción. Mi propia experiencia de práctica en este sentido fue, en el pasado, en un contexto cristiano de rezo y meditación, a veces de retiro, y ahora en la práctica del silencio de los Cuáqueros. Un silencio que a veces se transforma en palabras, mediación. Este principio de mediación con los demás a través del silencio, de escucharse a una misma, el crecimiento lento en relación, de confianza a través de esta práctica, es algo que he anhelado a veces explorar, experimentar en la práctica de la relación entre mujeres. Pero no he sabido cómo poner este deseo en juego en estas relaciones. No sé si es por pereza o por falta de saber ¿Soy cauta respecto al trabajo espiritual que me puede requerir el intentar abrir estos espacios? ¿Soy cauta respecto a las barreras que puedo encontrar en otras si intento nombrar este deseo? No sé si esto puede abrir espacios de nuevas energías en mí y en relación, pero intuyo que es posible.